

EL CORREO DE LA REVISTA

CARLOS ILLESCAS

Querido lector:

Nada resulta más grato que trazar estas líneas para ti, ni nada es más difícil que hacerlo, porque no siempre es sencillo acertar con asuntos que hayan de caber en los límites de una carta.

Toda carta que se precie de serio será en última instancia algo más y algo menos que silva de varias cosas; en su saco sin fondo cabe todo, y lo que no cupiera vendrá bien, entonces, reducirlo a postdata que es como la última voluntad del moribundo en trance de decir su postrera palabra. Esto lo sabemos todos; más de una vez hemos tratado con nuestras humildes líneas de establecer cuáles son las tierras, las aguas, los fuegos y los aires del ejercicio epistolográfico. ¿Lo recuerdas? Para el menester apoyamos muchos argumentos en señores del pasado y del presente sin que hiciera falta copiar aquí y allá con la finalidad de no dejar cabo suelto. Quién sabría decirlo si logramos o no el propósito, pero la verdad de las cosas es que tú te divertiste (tal era nuestro propósito) durante un tiempo, el prudencial para olvidar la carestía de la vida, los taxistas, los defectos curriculares de muchos sabios al uso, el dolor de mundo impreso en las marías al momento de ofrecer chicles o pañuelos desechables de fabricación norteamericana.

Lo tenebroso de esto, queridísimo, es la circunstancia de que hoy, a estas alturas del tiempo, no sabemos bien a bien qué es una carta, aun cuando la llamemos con desparpajo epístola, billete, esquela, misiva, nota verba (que pese a decir lo que dice corre escrita). Y al no saber dónde empieza y ténnina el género epistolar, a nombre de la ignorancia en acto, perpetramos cosas que todo pueden ser menos cartas. ¿Pena al decirlo? No, porque de las entrañas de dicha ignorancia parte la frescura de colgarte, paciente lector, tantos asuntos y tantos sucedidos y hechos que no es para contarse y con ello logramos matar el tiempo, lo que en estos tiempos de neurosis y falsas enjundias no viene mal.

Yendo a otras cosas, quisiera contarte que escucho con frecuencia y arrobo a una persona hablar sobre qué es la organización de las cosas, y cómo se agrupan éstas en torno a núcleos de interés mutuo, según sus propiedades individuales y universales, y en qué forma, también, se interrelacionan en el mundo fascinante de la ciencia.

Escucho cómo esas cosas transmiten, según sus características o datos categoriales externos, digamos formales, una constante información que puede ser graduada de conformidad con las exigencias lógicas del conocimiento, hasta entregársenos por sí mismas.

Debo decirte, amigo, que yo ni remotamente expreso cuanto ella refiere acerca de sus ocupaciones, preocupaciones y estudios respecto del camino que siguen las cosas de su estado primario hasta el plus- estado que sería, en el caso, la posesión que de ellas hace el conocimiento.

Sin embargo, y atendiendo sólo a mi pasión especulativa y no a sapiencias que no tengo, en algunas ocasiones me atrevo a insinuar la narración de cómo entiendo yo, según mi leal saber y entender (en medio de mi tontera, hubiera dicho sin duda Sancho), el proceso que sigue el acto de conocer hasta la realización del concepto de las cosas.

Claro está, amigo nuestro, que no vamos a estragarte el gusto refiriéndote cuáles pueden ser tales narraciones. Dios no lo permita; pero sí me gustaría que si tienes oportunidad de expresarle, de alguna manera nos hicieras llegar y ojalá que a la brevedad posible, en qué forma te abismas en estas especulaciones que empiezan ingenuamente gnoseológicas y terminan en los campos de la episteme. Con cuánto agrado leeríamos cómo tu espíritu, summa de todas las disciplinas, halla en las cosas y sus propiedades indiferenciadas, las propiedades diferenciadas que competen al objeto, fruto obtenido por el conocimiento.

Pero lo mejor sería que sin retorcimientos del pensamiento expresaras cuál es el discurso por cuya virtud sabemos dónde se realiza y en qué momento la causa que origina el decurso del proceso hasta llegar a un efecto reconocible en él la cosa transformada en objeto. Vale decir, cosa en su generalidad y objeto en su individualidad.

No niegues tu concurso en este experimenta epistolar. En efecto, te sientas frente al escritorio, limpias tu bolígrafo, y en su caso tu estilográfica, eliges varias hojas de papel y sobre ellas escribes todo cuanto creas necesario a penetrar en los secretos del discurso de las cosas. Mas si no fueran ni el bolígrafo ni la estilográfica tus instrumentos favorecidos, entonces recurre a la máquina de escribir, ya la mecánica, ya la electrificada. Merced a ella y merced a la técnica prescrita por la dactilografía, tú, el sabio, darás cima a la empresa de explicarnos cómo desentraña el conocimiento la sustancia aristotélica de la naturaleza mientras la idea platónica te permite apropiarte de ella y hasta dotarla de un alma.

No es secreto para ti, persona informada como la que más, cómo muchos hombres de pensamiento en casos especiales no recurren ni a la pluma ni al bolígrafo, ni a las máquinas eléctrica o mecánica ni a la interpósita persona que viene a ser la secretaria experta en taquimecanografía. En efecto. Estos hombres de pensamiento de una buena vez turnan los oficios de escritores a la grabadora debidamente complementada con una cinta magnetofónica. Merced al micrófono dietas, mediante palabras, todo cuanto la mente organiza en el cerebro con la finalidad de decir qué son las causas y qué los efectos; qué las cosas en su mayor pristinidad y qué las cosas ordenadas, clasificadas, por las ciencias y, en su caso, por el arte.

Para ti, pues, excelente amigo, no será difícil navegar tal mare tenebrarum, porque nada de lo que es pensamiento quemándose a sí mismo (soledad en llamas) te es extraño. Tú, a cualquier provocación sitúas en el orden de la mecánica los hallazgos de Newton y sin ser largamente requerido para ello, dices cuáles son los mandatos por los cuales la materia obedece leyes invariables. Y hay más en el asunto, porque sin hacerte de rogar prescribes ante el asombro de propios y extraños los modelos matemáticos newtonianos. Y nadie puede agarrarte en falso porque de saber su cosa pocos como tú.

De manera que, cuando mejor te convenga, tú puedes remitirnos tus experiencias gneseológicas a propósito de cómo conocemos, dónde conocemos y qué conocemos.

Mientras tal asunto no ocurre, nosotros seguimos prendidos de las palabras de nuestra bella informante, al momento en que la música más esmerada del más esmerado de los bethoveenes se deja oír por la virtud de un aparato de sonido, gramófono, sobre cuya superficie gira el disco depositario de las excelencias del Cuarteto de Budapest.

Contribuye al cuadro la presencia de pinturas y libros circundantes, mientras la naturaleza aferrada a un jardincillo se empieza y desempieza continuamente. Y arriba el cielo cuyo color transcurre según el humor de la estación y del nebluhumo. A veces, pese a circunstancias poco favorables, es azul; azul no convencido, pero de todas suertes supera el gris plomizo de todos, de casi todos los días. Y desde luego, un jardín sin flores no tendría explicación, como no la tendría una nube sin cielo, y no al revés. En el jardincillo se abren alcatraces, malvones, rosas, a título de indicación de que la bomba de Hiroshirna no debe repetirse más.

La naturaleza, ah, la naturaleza, querido lector. A su contacto nada pennanece indiferente, todo se renueva. Y vale entonces preguntarle en qué medidas, formas y maneras es exactamente igual a nosotros y en qué dimensiones, abismos y nebulosas es diferente. Si observamos debidamente, tal como lo hizo el maestro de Zadig, según Voltaire, poco a poco obtendremos respuestas precisas, de la misma manera que las obtendría un Sherlock Holmes de nuevo cuño. Y lo maravilloso será comprender que nada de lo que vemos, medimos, pesamos con los sentidos, no ha existido nunca antes... a no ser en su calidad de cosa.

Los poetas a veces parcializan su trabajo de creación no cantándole a los sentidos. Dime tú, ¿qué haríamos sin ellos? ¿Qué hay por ahí que pueda substituir estos maravillosos laboratorios? Una flor es vista y también olfato; yendo más allá es tacto y si se te ocurriera comerla, será gusto. Sin dejarse insinuar siquiera cuál camino sigues para saber lo que aprendes, tú, sensible como el que más, querido lector, también escuchas a la flor. No puede ser de otra manera, las vibraciones del color a fuerza tienen que crear el tiempo de la sensación que el oído requiere para mostrar al mundo que la poesía en su proceso fisiológico traduce las cosas

al ritmo impreso en el oído, éste, de todos los sentidos, el filósofo, el físico, el creador.

Una flor, una piedra, una animalia, todo cuanto constituye el tesoro permanente de la naturaleza. Y nada escapa a tu curiosidad de conocer, lo cual comprendes porque no vas a ninguna parte antes de intelegir el idioma universal de las cosas que no son diferentes para nadie al momento de ser abordadas por los sentidos. La cosa que antes estaba allí innominado, bajo el brazo de su incógnita, al ser leída en su primitivo idioma es una flor, y esa flor al ser traducida a otro idioma más especializado es una rosa. En este punto nos realizamos todos, ¿no lo crees tú así, querido lector?

En tratándose de la naturaleza, en general, habla un mismo idioma para todos, el de la música. Pero llegado el instante de llevar las cosas elegidas a una mayor identificación (para ello se impone asumirlas, hacerlas objetos de propiedad privada, y por ende herramientas de trabajo del conocimiento) entonces, todo cuanto era general se particulariza. De lo general pasa a lo individual y si sigues bien el discurso de la transformación de la cosa en objeto, averiguarás que en el hecho de leer y traducir lo universal estriba una fenomenología del aprendizaje. Y ello porque de manera consciente, tu mundo no lo constituyen las cosas sino los objetos, vale decir que mediante ellos te posesionas del mundo. Lo ajeno deja de serlo al convertirse en propiedad. Y todo ello se produce de conformidad con una vocación, para el caso equivale mencionar de la particularidad, la individualidad, lo pluriunívoco, la diferencia como constante. La vocación es punto de partida de la subjetividad educativa para traducir lo general a lo específico.

Yo pienso que lo último ocurre, querido lector, en el momento en el cual los objetos obtenidos por la praxis de los sentidos en su capacidad superior de compendiar el universo, son retomados varias veces a fin de ampliar el conocimiento de sus propiedades. ¿No crees tú que a partir de esta tarea la propiedad que asumimos sobre los objetos se hace mayor y que, por lo mismo, el objeto nos permanece tanto en su forma como en su contenido? Con la forma trabajamos ciencias del espacio y con los contenidos ciencias del espíritu. En una palabra, los objetos son pensamiento que, llegado un momento de la reflexión, se piensan a sí mismos.

El discurso, a mi humilde juicio, apreciadísimo lector, consiste en categorizar la trayectoria que sigue el pensamiento desde la cosa innominada hasta el momento de adquirir apelativo, vale decir, de hacerse objeto. Los grados categoriales narran cómo todo cuanto es propio de la naturaleza se rige por un decurso y ese decurso es exaltación cualitativa del acto de intelegir. Inteligencia y sólo inteligencia (¿lo repetimos? Soledad en llamas).

Lector querido, en este punto has de hallarte en un estado hijo de la perplejidad por decir algo. Lo que te hemos dicho es un poco de lo mucho que puede caber en una simple carta, la cual se entiende que es privada, monólogo dialogado entre tú y yo, sin más testigos que el sol cuyos rayos entran por la ventana del estudio donde perpetro estas letras.

Pero tú sabes disimular y comprender que el entusiasmo nacido al escuchar a la preciosa criatura que me dicta sus preocupaciones lleva a estos extremos.

¿Conociste y para fortuna tuya trataste al maestro Ernesto Mejía Sánchez, fallecido en Mérida el día 29 de octubre del año que corre? Ojalá que haya sido así, sobre todo que lo hayas frecuentado, escuchado y en forma intensa, leído. Como has de saberlo, el maestro Mejía Sánchez pese a su fervor literario en todos los campos, la investigación, la didáctica, la creación, nunca le hizo feos a la especulación sobre asuntos filosóficos. justamente en ocasión de obtener el encargo académico de impartir un curso monográfico sobre la Generación 98, se percató que sus bases de información filosóficas no eran sólidas. Debía enfrentar filósofos y pensadores de toda laya y por lo mismo establecer cuáles son las fuentes del conocimiento en dichos campos. Ahí lo tienes leyendo, siguiendo cursos monográficos, especiales, consultando, resumiendo. Su claro talento pronto lo hizo entender con eficacia a Heidegger, a Husserl y de aquí pudo remontar el pensamiento de Ortega y Gasset aunque creo que sin mucho entusiasmo. Unamuno no sé hasta dónde pudo apasionarlo, pero el interés que por él cultivó fue extenso. Ello se debió a que don Miguel emparenta la creación literaria del modernismo con un desbocamiento de los sentimientos que navegan entre visiones medievalistas, un catolicismo desaforado, y el sentido democrático, al final de cuentas, frente a las cosas de España.

El maestro Mejía Sánchez entre los muchos méritos que abonan su buen paso por la vida, supo ser amigo de sus amigos. No era lo que se dice una perita en dulce; las asperezas solían visitarlo, pero éstas nunca trascendieron más allá del límite en que la cordialidad se pone en entredicho. Su sabiduría siempre fue proverbial; ésta, hija de la curiosidad, se halló en los caminos de la investigación y la actitud de terquedad frente a materias de difícil penetración. Ernesto Mejía Sánchez no dejó disciplina del espíritu intocada. Con celeridad acudía al dato, el obvio y el esotérico, en busca de información que pudiera llevarlo a saber con precisión, la mayor entre todas, quién y cómo fue Darío, por ejemplo; en cuántas medidas del dramatismo vertió sus dolores ecuménicos Leopoldo Lugones, cómo transformaba las cosas (más bien materia cuantitativa) en objetos estéticos, literarios, don Antonio Machado, señor de cualidades puestas en el orden de saber elegir merced a un oficio extremado, donde está el quid de la transformación poética. En fin, Mejía Sánchez caminaba muchos senderos, caminos, atajos, avenidas anchurosas y pasos secretos de la investigación, de la escritura, de la didáctica y otros campos en los cuales las letras son memoria y futuro de la pervivencia del espíritu.

Lo hemos recordado en el curso de decirte tantas barbaridades, queridísimo, porque no podemos mentir los efectos de la definición de que toda carta es cajón de sastre (con un saludo a Lía de Cardoza) o silva de varia invención (con un abrazo a Juan José Arreola); mas el retacear una epístola no es hacer de lo misceláneo una constante, sino más bien divertimento de varias cosas que nunca llegan a salirse del círculo trazado por un interés común, el deseo de agrandar. Además, llamar a la inmemoria una persona como el maestro Mejía Sánchez lleva en su finalidad recordar a un gran universitario, un hombre de estudio, y un revolucionario; porque debes saberlo, lector querido, que lo fue.

El doctor Mejía Sánchez no nació, como se dice, para andar en los trotes de la política militante, y menos aún para ideólogo dispuesto a caer en una curul o en un cargo burocrático terrible, espantosamente bien remunerado. Su índole durante la juventud más bien fue pacata, suscrita por el catolicismo practicante. No es secreto que durante mucho tiempo, sobre todo después de llegar de Nicaragua (no he dicho de su Nicaragua natal para no invadir estilos enjundiosos) tomaba la comunión casi todos los días, juntamente con Ernesto Cardenal y un muchacho con más picardías que Estebanillo casado con la justina, llamándose él Alfredo Sancho, quien se ostentó en una reunión internacional dedicada al Quijote, como pariente directo de Sancho Panza.

Es probable que la comunión la haya tomado de manos del P. José María Gallegos Rocafull, ilustre entre los más ilustres, y es probable que los ayunos hayan sido prolongados por el deseo de hallar la gracia, en fin. Y bien, este hombre, Mejía Sánchez, pasados los años, a tenor de los acontecimientos socio-políticos de su tierra Nicaragua con Somoza a cuestras, devino militante de la causa del Sandinismo, y en grados que no fueron capaces a distraerle de esta disciplina ni los halagos de los enemigos de su tierra ni los nuevos profetas de la derecha que cuenta con tantos sectadores en México. El fue derecho a su asunto y se identificó con la nueva Nicaragua con honestidad, claridad y valentía. Estos méritos sumados a los cosechados durante su vida estudiosa, lo exaltan mucho y tanto que en su tierra, al rendírsele los honores correspondientes a un hijo predilecto de la misma, se reconoció cuánto bien dejó sobre la tierra corno católico y corno político. En fin, sobre él hay mucho que decir, sobre todo por quienes como el que esto pergeffa anda por el ultra-liberalismo, puesto el oído, sobre todo, en lo que su distinguida y bella informante le dice acerca de las cosas, los objetos, las leyes internas de los procesos, lo cualitativo y lo cuantitativo no como partes del proceso sino como irnplicitudes y explicitudes de los fenómenos vistos en su conjunto. Y corno catas, querido lector, estos equilibrios sobre la cuerda (no a fuerza floja) de la especulación, más bien llevan al escepticismo que hacia la religiosidad.

Bien, estábamos en que nos hallamos en espera de tus cartas relacionadas en cómo entiendes tú que se produce el fenómeno de conocer, para el caso, cómo pasa de la naturaleza a nosotros, al dominio particular del conocimiento; cómo se producen los grados, y cómo está implicado todo el aparato de la fisiología, la psicología, la sensualidad, el pensamiento en ello. Pero lo importante es establecer las categorías concebidas en su punto de partida de causalidad encausada (que no encauzada), toda vez que los efectos, esto es, conclusión del proceso o cierre de su dinámica, son más aparentes que reales porque los efectos son maneras de la proto-causa siempre latente, siempre creándose, como el mar que hallándose ya concluido no deja nunca

de empezarse. ¿No es así? En casos de duda recurre, amadísimo, a Paul Valery, autor de El Cementerio Marino, este cálido al mismo tiempo que gélido varón, te lo dirá invocando para el caso a Zenón, ¡Cruel Zenón de Eleal

Y dirás, dilectísimo, que estamos entrando en el campo del choteo y no es así. Pedir tus cartas es con ánimo de caminar más aprisa en estas angustias de saber qué somos y a dónde vamos, por lo menos no tan desalentadamente como buena mayoría de personas puestas en medio del camino de la vida por casualidad de los elementos ciegos de la naturaleza.

Y como ya se hace tarde, la música bethoveeneana ha terminado y las palabras de mi bella informante han empezado a ir a otros asuntos propios de lo general, creemos llegado el instante de poner un punto (.) aquí, para que tanto tú como nosotros marchemos a otras actividades más banales pero sin duda más útiles al ocio y al regocijo por ser intrascendentes.

Te quiere y respeta, tu amigo de siempre.